



BOLETÍN TRIMESTRAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA

MAY - JUL DE 2017

Número 168

Donativo \$7.00 M.N.



En Cristo y nuestra bendita Madre la Virgen Inmaculada, amadísimos hermanos y amigos del alma, en este año 2017 en que se han cumplido los 100 años de las apariciones de la Virgen Santísima en Fátima, las Madres Mínimas tenemos la alegría de celebrar el 75° aniversario de la fundación de nuestra amada Orden del Desagravio; alegría que deseamos compartir con todos ustedes, pidiéndoles también que se unan a nosotras en nuestra acción de gracias a su Divina Majestad, que nos concede llegar a esta fecha memorable. A la

vez, queremos darles las gracias por la incansable ayuda con que han sostenido y contribuido al crecimiento de esta Comunidad con sus aportaciones tanto económicas como espirituales, que siempre nos han brindado generosamente. Pedimos a nuestra buena Madre purísima que los bendiga y les recompense ya desde esta vida y lue-

go en el cielo sus caridades. Como la mayoría de nuestros lectores conocen la historia de la Orden desde su comienzo hasta el presente, saben que ha pasado por muchas pruebas y tempestades que amenazaban destruirla. Cuando parecía que su realización era imposible y no quedaba esperanza humana de cumplir el deseo de Nuestro Señor, aparecían los medios providenciales para continuar y seguir la navecilla mar adentro, contra viento y marea, tratando de cumplir el fin por el cual se estableció en la Iglesia de Cristo.

Podemos decir, que por la gracia e inspiración de Dios, debido al celo

y caridad ardientes de nuestra Reverenda Madre Fundadora que nos dejó plasmados en los Estatutos y Constituciones de la Orden, los ideales y fines de la Obra del Desagravio responden a los pedidos de la Santísima Virgen en Fátima: *oración, sacrificios y reparación*, enfocados explícitamente a desagraviar la Justicia de Dios tan ofendida.

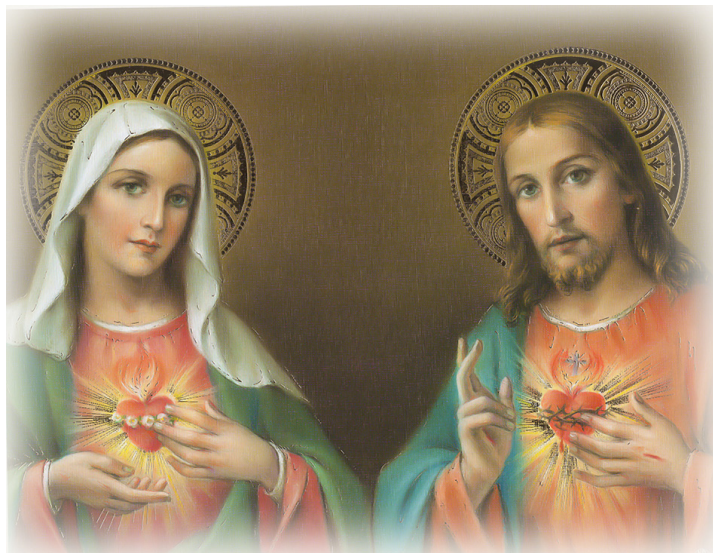


A fin de recordar esta doctrina de reparación teniendo presentes las demandas de Nuestra Señora, el número de este Boletín lleva a todos ustedes una de las partes esenciales de los fines de nuestra misión en la Iglesia para la salvación de las almas. En este aniversario queremos una vez más honrar la Orden religiosa a la que pertenecemos, agradeciendo a nuestro buen Dios las bendiciones que ha derramado sobre los indignos instrumentos que formamos parte de ella. Como nuestra Reverenda Madre Conchita deseamos ver cumplida la misión encomendada, lográndose la realización de su Obra reiteradamente deseada y pedida por Nuestro Señor a muchas otras almas desde tiempos pasados: oración, penitencia y reparación, para consolar el Corazón de Jesús y de



la Virgen Santísima, uniéndonos a los méritos infinitos de nuestro Redentor y a los dolores y lágrimas de su Santísima Madre y así poder dar el desagravio que por nuestros abominables pecados exige la Justicia Divina, reparando el daño infringido a esa Justicia tres veces santa.

Los niños de Fátima a quienes la Virgen Santísima les manifestó los deseos de su Inmaculado



Corazón, verdaderamente atendieron a las súplicas de tan buena Madre, y sin más tiempo qué esperar, se entregaron a una vida de reparación y consolación a los Sagrados Corazones ofreciéndose como víctimas por los pecados de los hombres. ¡Qué ejemplo de correspondencia a las gracias recibidas del cielo! ¡Qué responsabilidad a los que hemos sido llamados por vocación!; y no se trata solamente de las

almas que vivimos en el claustro, ¡que a nosotras se nos exigirá todavía más!, sino también de todos aquellos hermanos nuestros que viven en el mundo y han sentido el llamado apremiante a tomar parte de la *Legión de Almas Víctimas*.

Lo primero que debemos hacer es conocer la doctrina del victimado y lo que esta implica.

Hay que convencernos de que por nuestra miseria humana nos sería imposible realizar una vocación tan sublime sin una gracia especial de lo alto, por lo que se nos ha dado la ayuda de nues-



tra buena Madre Inmaculada, para que los hijos de esta *Legión* se abandonen confiadamente en su regazo maternal. Somos siempre tan pobres e inconstantes en nuestras promesas, que sin el poderoso socorro de la Santísima Señora, nos sería imposible perseverar en el bien hasta el fin.

Pasemos, pues, a la breve explicación de esta hermosa doctrina dejando correr la pluma de nuestra inolvidable Madre Conchita, quien nos relata cómo Nuestro Señor le hace conocer su misión sobre la tierra: **dar a Dios una Legión de Almas Víctimas.**

La Legión de Almas Víctimas de la Divina Justicia

La Invitación

“Todo comenzó en mi tierra (Ocotlán Jalisco) el domingo 3 de octubre de 1926. Era yo de pocos años, pequeña todavía. Estaba a los pies del altar de la Parroquia contemplando la imagen del titular, un Crucifijo tallado que es ¡hermoso! No había culto en la República, era la persecución Callista. El sagrario del altar estaba cubierto con un velo negro en señal de luto: era que el Huésped Eucarístico estaba ausente de su Casa de oración.

“De pronto recibí una luz penetrante, una invitación muy profunda en mi alma que me decía: *‘¿Quieres compartir Conmigo esta cruz, este dolor de estar escondido y sólo... olvidado y despreciado, perseguido y aborrecido sin causa? ¿Quieres...?’* “¡Sí quiero!,” le respondí, “¡quiero sentir el peso de tu cruz y el dolor de tu Corazón, Jesús divino! Quiero ir Contigo el camino del Calvario”. Comprendí por vez primera la desgracia de las almas sin fe y sin amor a su Criador y Redentor. Mi padre había perdido la fe y esto me hacía sufrir lo indecible. Pero aquella mañana del domingo 3 de octubre de 1926,

comprendí el dolor de todas las hijas de padres incrédulos; de todas las esposas, hermanas y amigas de hombres incrédulos. Se agolparon en mi mente las diferentes sectas falsas que arrebatan a Cristo las almas con mentiras y fábulas, con ardides diabólicos; y quise abarcar a todas las almas sin fe en mi corazón para persuadirlas como yo estaba persuadida; a las almas cercanas, de cualquier forma, a aquellas incrédulas, para consolarlas como yo sentía la necesidad de ser consolada. Mejor dicho, quise abra-



zalarlas en el Corazón de Cristo. Y desde ese día, poco a poco, vine a caer en el plan divino; ésta era mi vocación. Él quería, no sólo que yo me ofreciera con Él al Eterno Padre y a su Justicia Divina en rescate de los pobrecitos pecadores, sino que enseñase ese camino a otras almas, que le buscara una *Legión de Almas Víctimas* que se ofrecieran en desagravio por el mundo entero.

“Pronto se hizo en mí un incendio tal, que no podía vivir si no estaba embebida en ello. ¡El acicate de un deseo! Y ahí comenzó mi calvario. Mi familia sería la primera encargada de suministrarme mi amado sufrimiento. Desde entonces he sabido amar el sufrimiento, el dolor, en cualesquiera de sus formas. Y esto es así, a pesar de ser yo una persona completamente ordinaria que siente instintivamente repulsa a ello. La oposición de mi propia familia no era sino permisión divina para templarme en el dolor de la persecución, ya que como Cristo, SER PERSEGUIDA TENÍA QUE SER MI CAMINO.

“Cuando yo tuve la primera inspiración de hacer este ofrecimiento (como víctima de la Divina Justicia) no concebí aún la forma concreta, mejor dicho, la forma de cómo debía hacerse. Tan sólo me llenaba un deseo inmenso de dar gloria a Dios salvando almas, y consideraba que no había medio más eficaz que

ofrecerme así plenamente a la Divina Justicia para que Dios se sirviese de mí a su parecer.

“Con permiso de mi director espiritual, el R. P. Salvador Morán, escribí la fórmula del ofrecimiento el 9 de noviembre de 1927. Bendiciéndola, me indicó que lo renovara solemnemente el 12 de diciembre.

“Cuando yo hice mi ofrecimiento, pensaba que iba a responderme Dios al aceptarme, con fulminaciones violentas, algo así como que se iba a desatar sobre mí la furia infernal para castigar en mi alma y en mi cuerpo los pecados del mundo por los cuales me ofrecí. Pero bien





pronto me di cuenta de que Dios es amor dulcísimo y lo dispone todo suavemente amoldado a sus sabios fines.

“Esto de ofrecerse víctima el alma a la Divina Justicia, no es cosa que dependa de nuestra elección. Las almas predestinadas a esta misión sublime no pueden escapar de las manos de Dios. Un alma que se sienta llamada a ofrecerse víctima y se resista por temor o apocamiento de ánimo, lo que hará será perder el fruto de su victimado; porque si ya Dios la tiene destinada así, sufrirá de todas maneras como una víctima. El ser alma víctima no puede ser por elección humana sino sólo por VOCACIÓN.

“Así tuvo inicio el llamamiento de Nuestro Señor a mi alma.

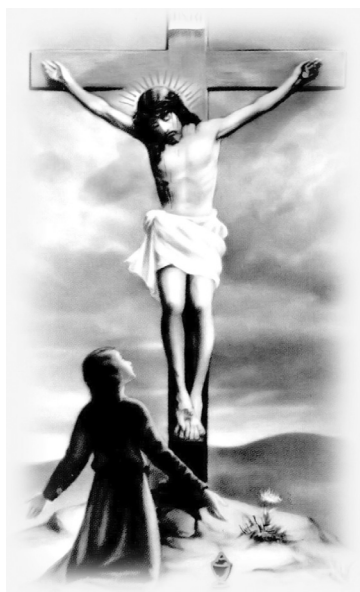
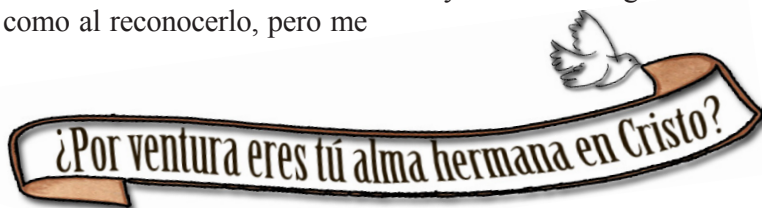
“El Corazón Víctima de Jesús en la Sagrada Eucaristía es todo amor y quiere manifestarse al mundo más abierto todavía. Se ha manifestado en su Misericordia, pero el mundo no ha entendido el amor de su Corazón en su Justicia y el tiempo de estas manifestaciones es llegado ahora, hasta que el mundo quede de ello convencido.”

Santa Teresita escribía en el año 1896: “Comprendo que todas las almas no pueden parecerse; ha de haber de diferentes clases, para honrar especialmente cada una de las perfecciones divinas. A mí me dio su Misericordia infinita y a través de este inefable espejo, contemplo sus otros atributos. Todos así me parecen radiantes de amor; la misma Justicia, con más fuerza quizás que ningún otro, me parece revestida de amor... Pensando un día en las almas que se ofrecen como víctimas a la Justicia de Dios para desviar los castigos que reserva a los pecadores, sufriendolos ellas mismas, juzgué esta ofrenda grande y generosa... ¡Oh Dios mío, si encontrarais almas que se ofrecieran como víctimas de holocausto a vuestro amor, me parece que las consumirías rápidamente y os alegrarías de dilatarlas en las llamas de infinita ternura que encierra vuestro pecho!”

Exactamente treinta años después el alma escogida por Dios para honrar y dar a conocer el atributo divino de la Justicia, fue nuestra querida Madre Conchita, quien escribió

en 1940 lo siguiente: “Esta luz (para el victimado de la Divina Justicia) la ha reservado Jesús para mi pobrecita alma. Me anonado al confesarlo tanto como al reconocerlo, pero me

lleno de gozo al considerar que el fin propuesto por su Divina Majestad ha sido precisamente eso: humillarme y exaltar Él su gloria”.



¿Por ventura eres tú una de ésas a quien el buen Jesús ha mostrado sus llagas? ¿A quien al pasar por la vía dolorosa ha invitado a ser cirineo? ¿A quien en el secreto del corazón ha confidenciado su dolor de Víctima y su celo de Redentor? ¿Quieres, por tanto, poner bálsamo a las llagas preciosas de la Humanidad del Hijo de Dios? ¿Quieres ayudarlo a llevar su cruz y consolar su Corazón salvando almas?

Para esto, no es necesaria ninguna mutación exterior de tu

vida para satisfacer su deseo, que en breves palabras te mostraré.

Jesús clavado en la cruz de la Eucaristía desde hace veinte siglos por nuestro amor, en calidad de Víctima perfecta de la Divina Justicia en aras de su caridad, para desagraviar a su Eterno Padre de todos los pecados del mundo y rescatarnos a todos del poder de Satanás, sigue clamando como aquella tarde del Viernes Santo en el Gólgota: “¡TENGO SED!” Su sed, es sed de almas, y esa sed no sólo no ha sido mitigada, sino cada día es aumentada a causa del pecado que va creciendo en el mundo. Por tanto, su grito lastimero nos dice por San Pablo que quiere suplir en su cuerpo (su Cuerpo Místico) lo que falta a la Pasión de Cristo.

¿Sabes qué significa esto? Jesús Víctima, crucificado en la Sagrada Eucaristía, donde se ha quedado vivo entre nosotros, si bien no es insensible en su Corazón, es impasible en su Carne glorificada, no puede ya sufrir y, QUIERE SEGUIR SUFRIENDO. Por esto



no se pierda... que todos se salven.

¿Amas a Dios con todo tu corazón, con todas tus fuerzas, con toda tu alma y a tu prójimo conforme al mandamiento divino? Entonces, no podrás ser indiferente ante la catástrofe moral del mundo. ¿No ves cómo se pierden nuestros hermanos seducidos por los tres enemigos eternos de la

El anhela **víctimas** que voluntariamente se inmolen como Él, que le presten su alma y su cuerpo para **SEGUIR SUFRIENDO EN ELLAS** y ofrecer como suyos esos sacrificios a su Eterno Padre. Pide almas que, como Él, se entreguen amorosamente a la Divina Justicia ofendida por el pecado, en rescate de los pecadores. Pide almas víctimas, pide una *Legión de Víctimas* a las cuales Él cubrirá con el precioso velo de sus méritos divinos, asociándolos a su victimado propiciatorio.

humanidad? Van en caravana por la ancha pendiente, ebrios de placeres y vicios... Las almas no se conquistan por la espada destructora sino por la cruz redentora. Ni siquiera se rescatan con las palabras, sino con

Por lo tanto... ¿quieres tomar parte en las filas de este Caudillo divino para pelear valerosamente contra los principados y potestades infernales y rescatar almas? ¡Únete a Cristo Víctima! ¡Clávate con Cristo en su misma cruz! ¡Bebe el cáliz que Él bebió! ¡Ofrecete como Él se ofreció! ¿Cuál es la voluntad del Padre, respecto del plan de la Redención? Que ningun-





¿Cómo Ofrecerse?

Para ofrecerse como víctima a la Divina Justicia el alma que sienta el llamado para desagraviar por el mundo, no necesita otra cosa sino

oración y penitencia, es decir, con el sacrificio generoso de las víctimas. A eso vino Cristo al mundo: a salvar a los hombres, a sufrir por ellos hasta la muerte y muerte de cruz. Dice el Evangelio que es en esto en lo que hemos conocido la caridad de Cristo, en que puso su vida por nosotros y nosotros debemos dar la nuestra por nuestros hermanos, porque la ley de gracia y de amor es que unos llevemos la carga de los otros.

¡LA CARIDAD DE CRISTO NOS URGE!

La Iglesia, movida por la caridad que dimana del Corazón abrasado del Redentor, arde en celo, y aquí y allá trabaja, ora y combate por el reino de su Esposo divino. Hay en ella obras contemplativas, apostólicas y reparadoras, a las cuales para unirse es preciso emitir algún acto externo. Mas, esta Obra que hoy te ofrece la *Legión de Víctimas de la Divina Justicia*, no te impondrá otros deberes que los que tú a solas, en el secreto de tu corazón, podrás ofrecer a tu Padre Celestial.

“ser tan pequeña” que por su misma pequeñez se pierda en el mar de la confianza, que confíe tanto no sólo en el amor misericordioso, sino en éste precisamente confiará, porque confía primero en la inmensa santidad de Dios, esto es: en su Justicia santa y divina. Por esa confianza se le entrega y se le ofrece para que haga del alma lo que esa Justicia determine, ya que el alma nada puede temer, nada debe temer. Esta doctrina no será comprendida sino de esta clase de almas que se convenzan un día de su nada y en medio de su ardiente deseo de hacer algo y aún muchísimo por la gloria de Dios, concluya por ofrecerse a Él para salvar la dificultad de su impotencia.

Para tener la confianza debida en la Justicia de Dios, hay que acercarnos a ella, y no puede haber acercamiento sin amor. Hay pues que amarla y ofrecernos a su influjo bienhechor. Lo primero que sentiremos será a Jesús Víctima entre esa Justicia y nuestras miserias. Él es, pues, la razón por qué es amable y no temible la Justicia Divina. Sin

Jesús habría razón de temerla, pero desde que Él media entre el cielo y la tierra, la Justicia no llega a nosotros sino a través del Corazón amantísimo de la Víctima por excelencia.

El ofrecimiento ha de hacerse con plena deliberación directa y explícitamente a la Divina Justicia en unión con Jesús, la única y verdadera Víctima divina de desagravio, la única propiciatoria y expiatoria ante Dios; y debe hacerse por intervención de la Virgen Santísima, la Corredentora, la Madre de Jesús Víctima. La intención de este ofrecimiento ha de ser universal, puesto que así lo hizo el Verbo Encarnado, es decir, por todas las almas y para desagraviar por todos los pecados de todo el mundo. He aquí el fin.

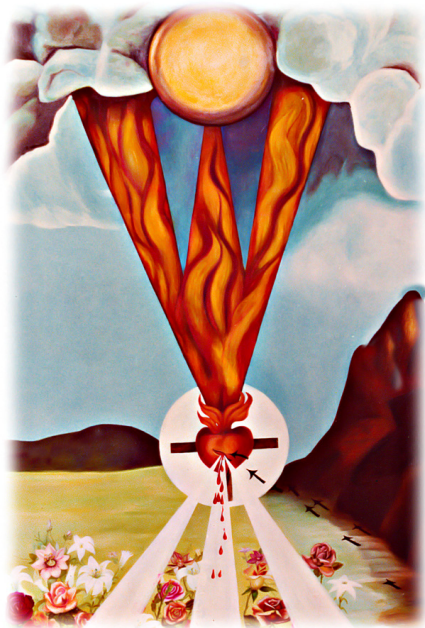
¡Urge!

En medio de nuestro siglo, congelado por la apatía y el egoísmo, ¡jurge que haya esta *Legión de Víctimas*! Que ofrezca al cielo una oblación constante, que desagravie y que ore con Cristo y como Él; que Cristo será quien viva en esas almas en la medida que sea generosa la entrega y fiel la intención. Así será esta *Legión* el fermento del Evangelio. Así se indemnizará al mundo ante la Justicia y se establecerá la ley de compensación y solidaridad cristiana.

CONDICIONES

* Una misma fórmula.

El alma que quiera venir a esta *Legión*, rezará la fórmula del ofrecimiento, consultado que habrá



con su director espiritual, o apoyada en conciencia por su confesor.

* La Intención y sus Fines

Tres son los fines de esta *Legión de Víctimas a la Divina Justicia*: DESAGRAVIAR ese divino atributo tan tristemente ofendido y neciamente temido; SATISFACER por los pecados del mundo y alcanzar el perdón; CONSOLAR el Corazón de Jesús.

* ¿Cómo desagraviaremos? Ofreciendo a la Divina Justicia, por cada clase de pecados, actos contrarios de virtud, de sacrificio y de generosidad.

* ¿Cómo satisfaremos por el mundo y le alcanzaremos el perdón? Doliéndonos de ver a Dios ofendido y orando por el mundo.

* ¿Cómo consolaremos el Corazón de Jesús? Ofreciéndole nues-

tro cuerpo, nuestra vida y nuestro corazón para que se sirva de nosotros como suyos, y sufra en nuestro cuerpo, obre en nuestra vida y ame con nuestro corazón. Conviene que una víctima sufra en su cuerpo, cuanto de grande gozará en su alma.

El ofrecimiento ha de hacerse con las intenciones enunciadas anteriormente, ya que sólo unidas en todo, así en sus intenciones como en su sacrificio, con Cristo la Víctima por excelencia, podrán las almas víctimas formar una verdadera *Legión*.

* Toda alma víctima debe traer presente a Cristo agonizando en el huerto, a Cristo expirando en la cruz, a Cristo clavado en la cruz eucarística y saber que la invita a seguirle.

* Debe meditar en el motivo que impulsó al Verbo divino a encarnarse, ¿cuál fue? salvar almas, sufrir por las almas, desagraviar y satisfacer a la Justicia Divina.

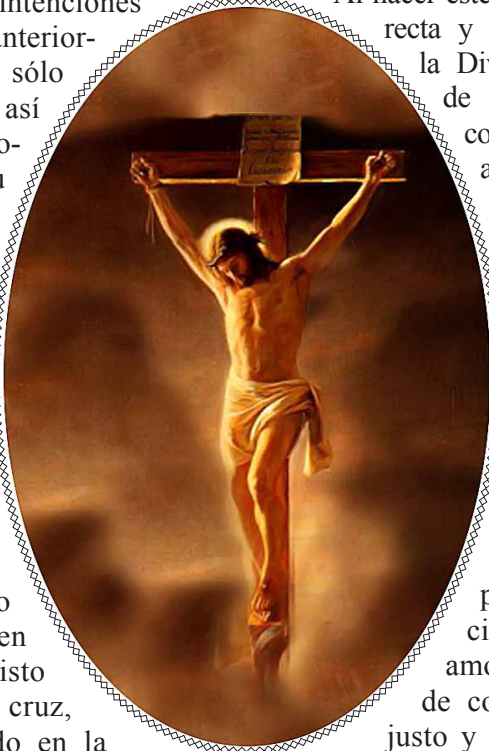
* Debe traer como composición de lugar habitual el espectáculo doloroso de la perdición del mundo, el pecado como un monstruo terrible que se alza altanero y quiere sepultar

la figura augusta de la cruz redentora; el mundo, ebrio de placeres que se entrega por el ancho camino de la perdición, que pasa junto a Cristo clavado en la cruz sin tener para Él ni una mirada de gratitud y amor.

Amor y confianza

Al hacer este ofrecimiento directa y explícitamente a la Divina Justicia, ha de ser con amor y confianza en este atributo divino, echando fuera del corazón todo temor. Es una necedad temer este atributo de Dios que, precisamente porque hace justicia, merece confianza.

Por otra parte, sólo ofreciendo culto de amor, de entrega y de confianza a Dios justo y santo, imitamos al Santo de los santos, a la divina Víctima Cristo Jesús, que no vino del cielo a la tierra y que no se encarnó sino para eso: para dar a su Padre Celestial ese culto que los hombres no habían sabido darle, y enseñar a amar a ese Padre tres veces Santo. Jesús, todo amor, es la expresión más clara del Padre de los cielos, es la Palabra divina hecha Carne que nos quiere vencer del infinito amor que nos



tiene el Padre al habernos dado a su Hijo Unigénito.

¿Hay pues motivos de tener miedo a la Justicia después de que Cristo Víctima se ha colocado entre el cielo y la tierra para unir en estrecho abrazo a los hombres con Dios? El Corazón de Jesús nos está invitando desde su cruz a que unidas las almas a Él, ofrezcamos a su Justicia ofendida el culto que merece de amor, de entrega, de reparación y de confianza. Así desarmaremos su brazo poderoso que, de otra manera, podría aniquilarnos.

¡Amemos! ¡Con amor se desarma la Justicia! ¡Entreguémonos! Con la entrega en manos de Dios se realizan los planes divinos y, por tanto, nuestra salvación. Lo canta el Salmista invitándonos a entregarle nuestros caminos al Señor, cifrar en Él nuestras delicias, y nos otorgará cuanto desea nuestro corazón; arrojando en el seno de Dios nuestras ansiedades, Él nos sustentará.

¡Desagraviemos! Con la reparación o desagravio en aras de la caridad, se mudará la Justicia de Dios en misericordia. ¿No lo declaró el mismo Jesús cuando dijo, que habría un regocijo muy grande en el cielo por un pecador que hiciera penitencia? Y, ¿qué es ante el cielo un alma víctima que ha tomado sobre sí los pecados del mundo como Cristo, sino un pecador que borra con la penitencia su pecado? Cristo se hizo pecado por nosotros, dice el Apóstol, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él.

¡Confiemos! Con la confianza abriremos las puertas del cielo, ya que la confianza es la llave que abre el torrente inmenso de la caridad de Dios. Sin esta característica de la confianza no se concibe la entrega, y sin entrega, el victimado sería una ilusión.

Después de estas reflexiones, ¿temeremos ofrecernos a la Justicia Divina?

Entrega

Pero, ¿qué es entregarse al victimado? Por una parte, es dejarse hacer de Dios incondicionalmente, y por otra parte, es organizar nuestra vida íntima de tal modo que siempre podamos decir como el Apóstol sin avergonzarnos: “Mi vida es Cristo, y Cristo Crucificado.” “Estoy clavado con Cristo.” “No me gloriaré sino en la cruz de mi Señor Jesucristo”.

¡Caridad – Inmolación!

Sí, el victimado es dolor, es expiación, es penitencia; es limpieza del alma, es vida santa y esforzada que sólo en la caridad halla su asiento.

El lema de esta *Legión de víctimas* debe ser éste: CARIDAD-INMOLACIÓN, es decir, el alma se inmolará a la Divina Justicia en aras de la caridad que la mueve, que la sostiene y la consume. Sin esta condición no se concibe la víctima de la Divina Justicia, ni se realiza el victimado. El alma que se ofrezca debe tener presente que del ofrecimiento a la entrega hay la misma distancia que de la promesa al cumplimiento de ella.

¡GENEROSIDAD!

Por otra parte, en la medida de la generosidad con que se entreguen estas almas, es en la medida en que se realizará la excelencia de su victimado y conseguirán que sus obras, sus sacrificios y sus virtudes sean avaloradas con los méritos de Cristo, la divina Víctima, sin la cual nada serían las almas ni habría Legión y sin cuyos méritos nada alcanzarían sus obras.

Por intervención de María

Las almas víctimas, después de las condiciones enunciadas, deben ofrecerse por intervención de María a imitación de Cristo que, según los planes divinos de la Redención, fue asociada a Él desde el momento de la Encarnación hasta



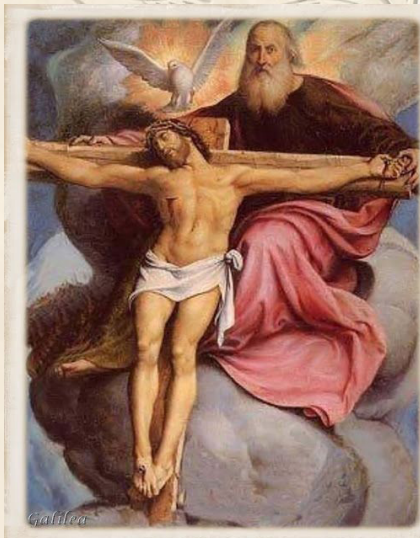
su consumación en la cruz y quiso que Ella fuese el primer Sacerdote que lo ofreciera al Eterno Padre. María Santísima es la Maestra de las almas víctimas; Ella formó de su substancia y en su seno el cuerpo de la Víctima divina. Ella le dio a luz, le alimentó, le ofreció en el Templo y en la cumbre del Calvario. El alma víctima no debe excluir a María de su ofrecimiento y de su victimado, sino que ha de recurrir a Ella siempre, para que la forme y la ofrezca, como formó y ofreció al Redentor. Sin esta condición, sin esta dependencia, dudoso sería su victimado, y se expondría a caer en las redes del enemigo de todo bien perfecto.



FÓRMULA DEL OFRECIMIENTO

Yo N..., ante Vuestra Majestad divina, ¡oh Dios tres veces Santo!, unida mística pero realmente al Corazón Sacratísimo de Jesús, dentro del seno purísimo de la Virgen María, me atrevo a ofrecerme a vuestra Divina Justicia como víctima de desagravio por todos los pecados del mundo a imitación de Cristo, vuestro Hijo muy amado. Dignaos aceptarme, oh Dios mío, cubriéndome con los méritos de la Víctima divina, a fin de que mi victimado sea propicio a las almas y satisfactorio a vuestra Justicia ofendida, así como para participar de la gracia de fortaleza que para este fin necesito.

Me ofrezco todo a vuestra voluntad adorable incondicionalmente para que en mí os paguéis de los pecados que Vos queráis, con tal de que caigan sobre el mundo las aguas regeneradoras de la gracia y realicen así el milagro de que no haya sino “un solo rebaño bajo un solo Pastor” en el mundo, es decir: que todas las almas se unifiquen por la fe y la virtud, y unidas en la Iglesia de Cristo, bajo el cayado santo de su Vicario en la tierra, podamos



prepararnos y esperar con júbilo aquel día dichoso de la justa remuneración en que, extinguido el pecado, reinará la justicia eternamente.

Me entrego, oh sí Dios mío, a Vos sin reservarme nada para mí, sino una cosa: el derecho de pedirlos que me quites la vida antes de que yo os sea infiel ni jamás vuelva a ofenderos. ¡Concededme esto que os pido en cambio de mi pobre ofrenda que, aunque miserable, por los méritos infinitos del Redentor será agradable a vuestros ojos. Lo espero de Vos, puesto que esta es vuestra voluntad: que todos se salven. Así sea.

¡Sea para gloria de Dios!

*Para Mí, fue una fiesta, la más
grande y bella de toda mi vida:
Era que estaba para nacer allí,
en aquel humilde pesebre
la obra de mi Dios.
Era que se iba a celebrar
por primera vez
el Santo Sacrificio de la Misa
en la casa del desagravio.*
Palabras de N.M. Conchita el día de la fundación



75



Aniversario



*Agradecemos a Dios por tantas gracias recibidas
y a todos ustedes por su generosidad,
que Dios los bendiga.*